



Diálogos Revista Electrónica de Historia

E-ISSN: 1409-469X

historia@fcs.ucr.ac.cr

Universidad de Costa Rica

Costa Rica

Leandro Zuñiga, Vilma; Dobles Oropeza, Ignacio
¡MILITANTES!: GÉNERO Y VIVENCIA POLÍTICA EN LA COSTA RICA DE FINALES DE SIGLO
Diálogos Revista Electrónica de Historia, vol. 5, núm. 1-2, abril-agosto, 2005, pp. 1-28
Universidad de Costa Rica
San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=43926968014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CAPÍTULO 16

¡MILITANTES!: GÉNERO Y VIVENCIA POLÍTICA EN LA COSTA RICA DE FINALES DE SIGLO¹

Licda. Vilma Leandro Zuñiga
Psicóloga y Consultora
MSc. Ignacio Dobles Oropeza
Psicólogo Social e Investigador
Escuela de Psicología
Universidad de Costa Rica

RESUMEN

En este trabajo presentamos algunos resultados de nuestra investigación sobre "experiencia militante en Costa Rica" realizada entre 1999 y el 2002. Específicamente, abordamos la relación entre género y vivencia política, basándonos en lo fundamental en los relatos de las cuarenta personas (40) que entrevistamos en nuestro proyecto, indagamos en diversos ejes temáticos que tienen que ver con la vivencia política en organizaciones marxistas durante los años setenta y ochenta, tales como liderazgos, roles, relaciones interpersonales, socialización política, el control, etc.

Descriptores: Género. Participación política. Organizaciones marxistas. Costa Rica. Décadas de 1970 y 1980.

"Para un mejor amor"

*Nadie discute que el sexo
Es una categoría económica:
Basta mencionar la prostitución,
Las modas,
Las secciones de los diarios que son sólo para ella
O son sólo para él.*

*Donde empiezan los líos
Es a partir de que una mujer dice
Que el sexo es una categoría política.
Porque cuando una mujer dice
Que el sexo es una categoría política
Puede dejar de ser mujer en sí
Para convertirse en mujer para sí,
Constituir a la mujer en mujer
A partir de su humanidad
Y no de su sexo*

*

(Roque Dalton, *Poemas Clandestinos*)

INTRODUCCIÓN

A continuación presentamos y discutimos algunos resultados de la investigación que hemos llevado a cabo durante los últimos años acerca de la “experiencia militante en Costa Rica”, interesados en discernir la dinámica establecida entre cambios sociales y políticos y cambios personales en quienes en las décadas de los 70 y los 80 optaron por participar en diversas versiones de la izquierda política costarricense de la época. Entrevistamos en total, en entrevistas a profundidad que buscaban explorar relatos de vida, a 40 personas: 20 hombres y 20 mujeres, de diversas opciones partidarias, procurando acercarnos a lo que discernen como “núcleos problemáticos” de la experiencia, en esta mirada autobiográfica. En esta ocasión nos concentramos en la presentación de aspectos salientes, en la exploración, concernientes a la relación entre vivencia de género y vivencia política.

Una premisa general de nuestra investigación es que existen diferencias en la forma en que hombres y mujeres han participado en la política y en el significado que le han atribuido, y que esto se extiende también a las propuestas políticas revolucionarias. Por lo tanto nos interesa, en lo que sigue, identificar las diferencias existentes en las narraciones acerca de lo que fue la experiencia política partidaria concreta. Lamentablemente, se ha trabajado poco en relación con la particularidad de la participación femenina en proyectos políticos revolucionarios en la región centroamericana.

Una notoria e interesantísima excepción es el trabajo realizado por Vásquez, Ibañez y Murguialday (1996) con militantes y colaboradoras del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador, que explora en detalle los contornos de la inserción femenina en un contexto de guerra, identificando contradicciones, obstáculos para la participación, necesidades, y abordando también temáticas

usualmente no visibilizadas en este tipo de experiencia política, como la sexualidad y la maternidad. Todo esto, tratado con consistencia desde una perspectiva de género. Los resultados de su indagación se discutieron posteriormente con hombres y mujeres que tuvieron responsabilidad política en la dirección del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional durante la guerra, lo que constituye una faceta metodológica (y, obviamente, política) sumamente interesante.

En la perspectiva y análisis de estas autoras surge una vez más la crítica a subsumir la problemática de género en los aspectos generales del conflicto y la lucha política o política-militar:

“....La dirigencia de los grupos guerrilleros desestimó la validez del análisis sobre la situación diferenciada de hombres y mujeres a su interior. Insertó al conjunto de la militancia femenina en los conceptos “revolucionario” y “hombre nuevo”; las implicaciones de estos conceptos expresados en masculino no se limitan a lo lingüístico, se observan en las líneas y políticas creadas a partir de la ilusión de que las diferencias se pueden suprimir por el mecanismo de no conocerlas...” (Vásquez, Ibañez y Murguialday 1996: 63)

Una inscripción y proyección política nombrada y actuada en masculino tendría, evidentemente, consecuencias. Este estudio tiene grandes implicaciones, conceptuales y metodológicas, y constituye un aporte extraordinario, refiriéndose, eso sí (y constituye un punto a discutir, lo que no haremos en esta ocasión), a un contexto de enfrentamiento bélico.

En lo que se refiere a Costa Rica, incursionar en esta temática implica tratar también, aunque sea en forma somera, el desarrollo de movimientos feministas y su influjo en el país. No hay duda de que en este país la izquierda, desde los años treinta, abrió posibilidades para el despliegue de la actividad política femenina- tenemos los casos notorios de Carmen Lyra y Luisa González- pero no es hasta finales de los años setenta que una agenda propiamente *feminista* más amplia, y a la vez precisa, se abre

espacio en movimientos políticos de izquierda, siendo sin duda la Organización Socialista de los Trabajadores (O.S.T.) y el grupo *Cefemina* las precursoras.

Puleo (1994) ha señalado que la "*primera ola*" del feminismo contemporáneo se puede ubicar en el periodo 1830-1930. En Estados Unidos estos movimientos aparecen muy vinculados a grupos abolicionistas, a quienes luchan por el sufragio femenino y por el acceso de mujeres a la educación y el trabajo asalariado. En los años sesenta, también en EEUU, da inicio la "*segunda ola*" del feminismo, con autoras claves como Betty Friedan (1974) y se desarrollan, tanto en ese país como en Europa, una amplia gama de *feminismos*. Aunque la problemática central de estos es la lucha por la equidad entre los sexos, se presentan, como ha puntualizado González (1996) un extenso abanico de tendencias y movimientos cubiertos por el "*paraguas*" del feminismo.

Una discusión central en esta diversidad, desarrollada por Connell (1994), tiene que ver con la distinción entre un feminismo "*liberal*", que se preocupa fundamentalmente por que las mujeres tengan un acceso equitativo a los servicios, a los puestos políticos, a la educación, a los ejércitos, etc. pero que no cuestiona la lógica misma de esa institucionalidad,² y un feminismo "*radical*" que no solo busca esta representatividad sino que busca cambiar la naturaleza patriarcal de estas mismas instituciones. (habría paralelos interesantes con las mismas organizaciones políticas, tomadas como las instituciones que son o eran). Es decir, que se plantea no sólo "*repartirse*" el poder, sino transformarlo (Connell 1994: 136-173).³

Lo que está en juego, en esta discusión, es el *individualismo* del liberalismo clásico, que entra en colisión, por supuesto, con planteamientos socialistas. Vale retomar el ejemplo discutido por Connell: ¿Debe el movimiento feminista aplaudir el ingreso de mujeres al ejército, o cuestionar el carácter patriarcal de la guerra y de sus instituciones?. En la misma dirección: ¿se trata de integrar a las mujeres a las

instituciones políticas, o cuestionar el carácter patriarcal de estas instituciones?. Evidentemente no es un debate que pretendamos profundizar aquí, pero creemos que si es necesario manifestar su vigencia.

Molina (1994) ha ubicado, en la "*segunda ola*" mencionada, la problemática abordada por mujeres que se consideraban representantes del "*feminismo socialista*" (es decir que apuntaban no solo a la discriminación por género, sino también a la contradicción y lucha de clases) (Lagarde 1997).⁴ Señala esta autora que estas protagonistas de la "*Nueva Izquierda*" norteamericana se iban dando cuenta de que su participación- como es el caso de varias de nuestras entrevistadas- se veía mediada por los papeles tradicionales definidos como femeninos: madre, esposa, hermana, secretaria, musa y objeto sexual del hombre. Así mismo señala que cuando las mujeres hacían esfuerzos por denunciar el sexismo en sus propias organizaciones veían como se erguía una barrera con el argumento de que semejantes temas "*distraían*", ocupando energías que debían canalizarse hacia problemas políticos "*más importantes*".

1. DIRECCIONES PARTIDARIAS FEMENINAS

En cuanto a la participación política de la mujer en Costa Rica, Moreno(1995) ubica sus orígenes a principios de siglo, cuando se aviva la discusión en torno al voto femenino. La participación de mujeres en los espacios públicos estuvo ligada a la incorporación de mujeres en el sistema educativo, y no es casual que las mujeres más prominentes en las luchas políticas a principios de siglo fuesen educadoras. En 1888 el Gobierno crea el Colegio Superior de Señoritas, que en su segundo año contaba con 141 alumnas. El plan de estudios de esta institución estuvo muy mediatizado por el propósito de formar pedagogas.

Según Moreno (1995), la incorporación de mujeres al sector educativo abre un portillo también al mundo laboral. El magisterio pasa a ser mayoritariamente femenino, y las mujeres empiezan a jugar un papel público cada vez más activo, participando decididamente en el movimiento que trajo como consecuencia la caída de Tinoco en 1919, lucha en que se destaca María Isabel Carvajal (Carmen Lyra) En 1923 se funda la Liga Feminista, presidida por la primera mujer que obtiene un título universitario en Costa Rica. Esta liga estaba vinculada a la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas cuyas integrantes: "...Luchaban por conseguir el voto, desarrollar actividades de bienestar social, educación y campañas antialcohólicas..." (Moreno, 1995:13). Esta organización no estaba vinculada a vertiente alguna de las organizaciones internacionales marxistas de mujeres y más bien estaba compuesta por mujeres de estratos sociales altos.

Por otro lado, Carmen Lyra y otras mujeres, especialmente educadoras, fundan en 1923 un club político feminista que tiene entre sus objetivos emprender una cruzada contra el alcoholismo y otros problemas sociales de la época. Este Club encuentra gran resistencia en algunos sectores políticos, que consideran que: "...Si la mujer participaba de manera directa en las luchas eleccionarias cada hogar se convertiría en un club político, en donde la paz y la tranquilidad se perderían..." (Chacón, 1984: 64).

Para estos sectores opuestos a la actividad organizada femenina, que las mujeres supieran "*ocupar su lugar*" garantizaba el "*orden*" en el lugar de todos. Según Chacón (1984), las mujeres educadoras organizadas tuvieron un papel destacado en el derrocamiento de Tinoco en buena medida porque este movimiento coincidió con el intento de formalizar una organización de lucha por los derechos de los educadores, lo que provocó represión y amenazas a educadoras y educadores.

Carmen Lyra, junto con sus compañeras, influenciadas por el pensamiento de socialistas como Alejandra Kollontai y Clara Zetkin impulsaban la lucha por mejores condiciones de vida para las mujeres, con una perspectiva clasista que, como indica Herrera(2002), a veces las alejaba de quienes impulsaban luchas como las sufragistas (Herrera 2002: 137).⁵ Rápidamente pasa a formar parte en 1931 del recién fundado Partido Comunista, que desde sus inicios plantea en su programa la lucha por la "*emancipación jurídico-política de la mujer* (Botey y Cisneros, 1984).

Las mujeres también actuaban en la lucha sindical desde los años veinte, en que mujeres de sectores textiles, de producción de cigarros y puros, y de la fábrica de Cerveza Fraube participaban en los movimientos por aumentos de salarios y mejorías en la jornada laboral, así como con movimientos relacionados con la Ley de Inquilinato de 1922. (Mora, 1995) Un acontecimiento importante es la unión de empleadas domésticas y de fábricas para luchar por mejoras salariales y de condiciones laborales en 1933, movimiento apoyado por Carmen Lyra y Luisa González.

En 1949 surge la Unión de Mujeres "*Carmen Lyra*" en honor a la escritora y luchadora comunista, relegada a un exilio obligado en México, donde fallece sin que sea permitido el regreso a su patria, lo que constituye una arbitrariedad política y un hecho de la historia del país que sólo puede ser calificado como una ignominia. En 1952 se reúnen diversos grupos de mujeres con motivo de las elecciones de 1953 y conforman la Alianza de Mujeres Costarricenses, que albergara las actividades de varias de las militantes que entrevistamos. En los años ochenta, como veremos en algunas de estas entrevistas, se desarrolla una fuerte controversia entre grupos de mujeres, en el marco de la Alianza, que sostenían tesis diferentes acerca de las prioridades en el trabajo de las mujeres, lo que lleva a algunas a separarse del Partido Vanguardia Popular.

Con esto nos aproximamos al período histórico de nuestro interés, en que las mujeres militantes actuaban en diversos “*frentes*”. Para entender esta concepción del trabajo en “frentes” transcribimos a continuación parte de una intervención de Manuel Mora Valverde, entonces Secretario General del Partido Vanguardia Popular, que ilustra acerca de la forma en que se visualizaba y llevaba a la práctica el trabajo de y con las mujeres en dicha organización a principios de los años ochenta. Refiriéndose a las tareas político-partidarias de ese entonces expresa Mora Valverde:

"La participación de las mujeres en todos estos procesos es indispensable y sin embargo el Partido no ha sido capaz de hacer los esfuerzos necesarios para movilizarlas en la defensa de la paz mundial, la independencia nacional, las libertades democráticas y el bienestar económico, y para vigorizar su participación en un bloque de fuerzas sociales y políticas de carácter democrático y antiimperialista.

Para cumplir esta tarea, la Comisión Nacional Femenina, siguiendo las directrices del Comité Central, impulsa la participación de las mujeres proletarias, profesionales, intelectuales y campesinas, en las diversas organizaciones clasistas, comunales y patrióticas que existen. El número de militantes mujeres en el partido es de un 20% y la Comisión Femenina del Comité Central considera que es necesario elevar esa participación, a fin de que el partido pueda contribuir con mayor éxito a la tarea de orientar las luchas reivindicativas de las mujeres, de impulsar el fortalecimiento de sus respectivas organizaciones y de impulsar la participación de la mujer costarricense en el Frente Democrático.

La Alianza de Mujeres Costarricenses, en donde las militantes de nuestro partido han venido trabajando en el esfuerzo de convertirlo en una organización de masas, de vanguardia en la lucha por movilizar y dirigir a las mujeres, ha realizado importantes tareas en el campo de la solidaridad con las luchas populares del país e internacionales, destacándose su activa participación solidaria en la lucha del pueblo nicaragüense contra la dictadura de Somoza. En estos momentos dedica sus principales esfuerzos en este aspecto a la solidaridad con el pueblo salvadoreño".⁶

Es claro que había una intención bien definida de involucrar a las mujeres directamente en las luchas políticas y de propiciar cierto grado de organización propia, sin embargo, el criterio que predomina es el de considerarlas un "*destacamento más*" en las luchas generales, movilizables en función de esas luchas, pero prestando poca atención a propuestas específicamente femeninas, llevando a la práctica, además, una

concepción "*dirigista*", con la cual no se gestaban las condiciones para el abordaje del género como tal.

Como ya hemos dicho, son la Organización Socialista de los Trabajadores y Cefemina quienes, incluso siendo acusadas de "*europaizantes*", introducen los planteamientos feministas de la "*segunda ola*" en el país. Cefemina nace vinculada a COPAN, constituida fundamentalmente por mujeres universitarias, a diferencia de la Alianza, que tendría una composición más diversa. Entre sus luchas se contemplaban la lucha contra la esterilización involuntaria de mujeres, la creación de guarderías (por esto luchaba también la Alianza, desde mucho antes) a favor de métodos anticonceptivos, y la legalización del aborto.

Este breve recorrido histórico nos ofrece un marco inicial para considerar los relatos, las entrevistas, explorando la condición de género. Se trata, sobre todo, de explorar lo que significa ser mujer en la participación política, siendo parte de proyectos políticos opuestos al *status quo*. La temática de género es de gran interés, y sobre todo la incidencia del mismo en la experiencia militante.

Hemos intentado en nuestra investigación develar múltiples voces, entre ellas las de mujeres que comprometieron su vida, al igual que muchos hombres, con una causa. La vivencia de las mujeres, sin embargo, tiene sus particularidades. Está atravesada por una realidad patriarcal que históricamente ha devenido en una marcada desventaja en derechos y oportunidades para las mujeres. Indagar esto nos lleva también a traer a colación diversos elementos de lo que significaba la *masculinidad*, entendida como construcción social, en la práctica militante, aunque, definitivamente, nos interesa enfatizar la problemática de las mujeres militantes. Al referirnos al "*género*" como categoría analítica, aludimos tanto a hombres como a mujeres, destacando la construcción social de diferencias entre lo "*masculino*" y lo "*femenino*". Sin embargo

hacemos notar que las entrevistas se refieren en su mayor parte a la vivencia de discriminación o no de las mujeres.

La decisión de ingresar a un partido de izquierda era una decisión que muchas veces enfrentaba a la persona con su familia y con su medio social. En el caso de las mujeres ese quiebre era mucho más radical, por que era romper con el estereotipo de mujer pasiva por un lado y por el otro el de mujer "*buena y pura*" que en adelante ingresaría en el ámbito "*sucio*" de la política, de la política de los *hombres*, y además, de los *ateos*, los que para el pensamiento conservador religioso "*no tenían moral*". Muchas mujeres tuvieron problemas en sus hogares que limitaban su participación.

En algunos casos la militancia puede presentarse como una forma de rompimiento radical con un mundo familiar de fuerte contenido religioso, como se evidencia en los siguientes testimonios de Patricia y Rebeca:

Patricia: "...Tuve una formación muy fuerte a nivel religioso....en términos de rituales, diría yo, sin embargo, una vez que yo salí de la secundaria y me metí en la universidad, me aparté de la cuestión religiosa y de ahí en adelante no tuve mucho contacto con esas cosas..." (15,2)

Rebeca: "...Cuando la época de la universidad yo me rebelé a lo bestia, si, si, si, porque si algo era terrible en ese momento era ser comunista, o sea peor que puta, puta era nada, o sea ser como puta era, es que estaba más allá, para mi papá eso estaba mas allá de cualquier cosa. Me acuerdo una vez que yo hice una entrevista en Radio Universidad y mi papá lo oyó..fue algo espantoso....casi se muere verdad..terrible, sobre todo porque atacaba los pilares religiosos..." (14,6)

"*Peor que puta*": convertirse en militante político era la ruptura más radical que podía darse con una forma de vida, y eso implicaba, frontalmente, atacar los fundamentos religiosos de la vida familiar, diferenciándose, así, "*a lo bestia*", es decir, rompiendo límites, y de forma abrupta, el entorno. Mientras más brusco y radical, mejor, talvez como una manera de simbolizar que se estaba realmente "*quemando los barcos*", de situación social, de género y de religión. Rebeca llega a relatar que:

"...El planteamiento religioso claro que era vital, y el enfrentamiento con el planteamiento religioso fue vital para mí y ubicarme totalmente puesta enfrente y eliminar todo eso, no...porque era el camino de la liberación, de la apertura, de unos cánones y unos patrones terribles..." (14, 3)

Es claro entonces que para algunas de las mujeres que entrevistamos, la contradicción radical *religión/militancia* se les presentaba de una forma muy clara, ya fuera, como en los casos anteriores, que esto se usara como estrategia de rompimiento o teniendo esto como uno de los ejes de reacción negativa, familiar, ante la militancia. Para algunas mujeres terminar con la tradición religiosa significó una ruptura radical con su medio, como ya hemos señalado, pero que también les permitió ubicarse en un lugar distinto, en una especie de "*vuelco vital*" en que se define una dirección vital a tomar.

En el relato de *Laura* encontramos una narración particularmente dramática: primero señala que "*para mi mamá fue terrible, verdad, que yo me hiciera comunista*" para después presentar un cuadro de culpas y culpabilización:

"Para mi mamá eso era un pecado para ella, eso fue castigarla, para mi mamá cuando yo dejé el partido y mi hermano, diay, el padre la perdonó, porque no la había perdonado, verdad...mi mamá vivía en pecado porque tenía hijos comunistas. Fue terrible para mi mamá porque no podía comulgar, porque estaba en pecado, porque tenía hijos comunistas... El sacerdote consideraba que 'había incumplido con la iglesia y con la Biblia' por tener hijos comunistas...." (13).

En general encontramos que la relación *religión-militancia* se hace más problemática para las mujeres entrevistadas. En este caso se evidencia el papel de personeros de la Iglesia que predicán una posición anticomunista, y que al no poder "*castigar*" directamente a las "*herejes*" pasan la factura eclesiástica a la familia. Sin embargo, hacemos notar, antes de trabajar algunos ejes adicionales de la relación género/política, que también se complica el panorama para algunos de los hombres entrevistados, por ejemplo, para *Gabriel*, quien nos relata que:

"...Cuando empecé a criticar, a cuestionar todo aquel tipo de prácticas fue un choque bastante duro.... cuando decidí casarme, yo no me casé por la iglesia, fue un escándalo para las dos familias, como era posible...

[Sigue este relato de rechazo familiar:] ...Cuando tuvimos nuestros hijos y decidimos no bautizarlos fue una presión de parte de las dos familias: mi suegra, mi mamá, por los dos lados, que como era posible que íbamos a tener animalitos ahí en la casa porque si no recibían la bendición del señor, no iban a ser personas..." (10, 2).

2. DIRECCIONES PARTIDARIAS MASCULINAS

Surgen en los relatos aspectos que se podrían agrupar en grandes categorías de análisis: Un primer rubro en que se manifiesta la diferencia según género en la práctica militante tiene que ver con la *composición de las estructuras de dirección de los partidos*. En los discursos de las personas entrevistadas, se evidencia fácilmente la inequidad de género en la integración de instancias de dirección en la mayoría de las organizaciones contempladas. A pesar de ser esto un aspecto fácilmente comprobable, los miembros de los partidos tendían a rehuir la discusión de dichas temáticas, y los intentos de trabajarlas eran deslegitimadas y desarmadas bajo el argumento de ser una forma de dividir la lucha por la que se estaba bregando.

La situación es diferente en los dos relatos que tenemos de quienes en su momento pertenecieron a la Organización Socialista de los Trabajadores (O.S.T), en los que se establece que en dicha organización los puestos estaban distribuidos equitativamente. *Ronald* relata que su organización: "...Era muy consecuentemente feminista incluso hubo casi mayoría en la secretaría política..." (28,12). Esto, probablemente, se deba a que un porcentaje alto de la dirección eran mujeres con posiciones feministas bien definidas.

El que la dirigencia fuera mayoritariamente masculina en casi todos los partidos enfrentaba a las mujeres a diversos problemas, entre ellos la invisibilización de los roles

domésticos que cumplían las militantes a la vez que enfrentaban las tareas políticas, como señala en su entrevista *Cabecar*, al referirse a la situación existente en el Partido Vanguardia Popular: "...El partido era dirigido por hombres, verdad, y aunque la base de la ejecución uno tenía consideración, en ese momento la mujer ama de casa que no puede, y en eso creo que el partido era machista..." (29,22).

Hay numerosos testimonios del predominio masculino en las direcciones, como los de Cabecar y Raúl:

[Cabecar:] "...En general la dirigencia era masculina, creo que todos eran hombres..." (26,25)

[Raúl:] "...En lo que es la dirección del Partido sí, diay la prueba es que no habían mujeres, en la dirección estaba ...pero mujeres ni una sola, que yo recuerde, pero en lo que era la relación, en lo que era la relación con ellas diay nosotros íbamos de pintas hacíamos el trabajo y todo normal con ellas verdad, la diferencia está cuando ya uno les estaba echando los perros, pero en lo demás no..." (24,2)

Este relato, como es claro, establece dos niveles de discusión. Aunque reconoce la desigualdad en cuanto a acceso a puestos de dirección, establece un segundo plano, en las tareas concretas, en que las relaciones eran "*normales*". Es significativo que la excepción a esta tendencia la define en relación con el abordaje sexual: la "*echada de perros*".⁷ Lo que se describe es entonces machismo por cuenta doble. Siguen los relatos, como el de *Rodrigo*:

"...En las direcciones siempre había más hombres que mujeres y ahí ya había sus problemas, la mayoría de la militancia eran hombres y el porcentaje de mujeres era menor y esto obedece también al problema del hombre y la mujer, histórico...y en las familias eso también que una mujer fuera militante tenía una serie de limitaciones..." (17, 33)

En el siguiente relato de *Flor*, dirigente popular, ex-militante del Partido Vanguardia Popular, hay un reclamo claro del papel que se le asignaba a las militantes, al menos en los frentes en que le correspondió participar:

“...En el partido en ese tiempo no era tanto de las mujeres, era de los hombres, era machista, todos los del partido eran en su mayoría machistas, risas, la mayoría eran machistas, nos utilizaban solo para eso para ir hacer pelota, para hacer gafetes y sandwiches, y esas cosas, y en las manifestaciones nos ponían a las mujeres adelante, eso era la único porque ya a la hora de que las mujeres pensaban y ya querían hablar, ellos nos paraban y ya el problema del partido era que era muy vertical...” (23,3)

Para *Lila* el hecho de que la dirección mayoritariamente estuviera integrada por hombres era por que pensaban que “*eran más capaces e inteligentes que las mujeres*”, que además se podría pensar que estaban en un espacio “*ajeno*”, el espacio de lo público y de la política, el espacio del poder, propio de la masculinidad:

“...las mismas que se establecen en la sociedad, los hombres son los que cogen los puestos de dirección, no te lo dicen pero si seleccionan los hombres es por que son los más capaces, los más inteligentes...” (1, 17)

Probablemente el que su trabajo y capacidad no fuese valorado, lo que es propio de una socialización patriarcal, provocaba inseguridad en las mujeres. Por ejemplo, *Patricia* comenta que al principio ella se sentía completamente insegura: “...procuraba hacer un super informe...pero no podía ir por que sentía que me podían aplastar” “...entonces yo llegaba y me quedaba callada por que no sabía que decir...” (15,7). A pesar de esforzarse por “*sobrecumplir*”, el contexto le resultaba intimidatorio. Por otra parte, ella percibía un gran desprecio por los valores femeninos dentro de su partido: “...Había un cierto desprecio por la feminidad y había una exaltación de valores muy militares o de disciplina...” (15,7).

Es de presumir también que una reacción de algunas mujeres con respecto a esto consistía en rechazar su feminidad para autoafirmarse y recuperar seguridad sobre todo frente a los hombres, retomando sus valores y su forma de desenvolverse en el espacio público. Para desempeñarse políticamente, había que “*masculinizarse*”. Como narra *Liz*:

“...Los hombres tenían un poco más de libertad en lo de expresión de sentimientos, en general las mujeres, no digo que todas pero por lo general, las mujeres siempre esperábamos escuchar el punto de vista del macho para ver adonde acomodaba los puntos de vista de uno, a ver si cabrían aquí, o allá, o un poquito en otro...” (22, 12)

Parece evidente, según las entrevistas, que los partidos de izquierda de la época, con la excepción ya señalada, tenían por lo tanto direcciones predominantemente masculinas. Esta es una realidad que por lo demás era común a la vida política nacional del momento. Sin embargo podemos constatar en la próxima entrevista, de *Li*, como esta ex militante consideraba que aun así era una situación mejor que la que existía en los partidos dominantes:

“...Las mujeres, claro que en el Comité Central difícilmente había mujeres... yo creo que en ese sentido en puestos de dirección si había de eso, pero en otros momentos habían unas mujeres: recuerdo una compañera que trabajaba conmigo, entusiasta, una mujer con una fuerza y un carácter, que le ponía o sea si tal vez no se dejaban de sentir esas diferencias pero no eran tan evidentes como en otra parte del mundo que no era de izquierda...” (7,13)

El tema es complejo. Por un lado, no hay duda de que la mayoría de las organizaciones de la época formaban, mal que mal, parte de un entramado cultural y social en que se jerarquizaba lo masculino, y por otro lado, es también cierto que muchas mujeres desarrollaron importantes experiencias de aprendizaje en estas organizaciones, que incluso luego se aplicaron propiamente al trabajo feminista. Esto se evidencia, por ejemplo, en el relato de *Graciela*, actualmente dirigente feminista:

“...Muchas de las mujeres que estuvimos allá metidas en la izquierda pasamos al movimiento feminista, algunas con mayor nivel de radicalidad que otras, eso es muy claro...” (20, 32)

3. UNA PROBLEMÁTICA DE SEGUNDO ORDEN

Sin embargo es claro, con la excepción de la O.S.T., que aún en los casos en que se identificaba que no se planteaban discriminaciones, el tema del género, como tal, no cobraba importancia política, e incluso se concebía su planteamiento como algo que podía perjudicar la lucha por el cambio social, es decir que se contraponía la lucha contra la discriminación de clase a la lucha contra la discriminación de género. Esta negación del género como tema político aparece en varias de las entrevistas, por ejemplo en la de *Rebeca*:

“...Es que el problema de género, se va dejando para después como que fuera algo que se va a resolver por sí solo o quién sabe quién lo va resolver y al final de cuentas es un problema en el que todos estamos fuertemente involucrados por que hablar de género siempre nos toca a todos, entonces yo creo que por eso y por que la dirección de todos los movimientos ha sido fundamentalmente masculina... no se planteado ni se ha asumido...” (14, 16)

En general los partidos parecían ignorar el tema de la equidad de género con el argumento de que era una lucha que se debía dar después de alcanzada la meta fundamental; sin embargo la mayor parte de las entrevistadas sostienen que esto fue un error, ya que había que trabajarlo directamente, porque lo que estaba en juego, precisamente, eran los intereses de las mujeres. No entender esto provocó muchos cismas dentro de las organizaciones. Al respecto *Patricia* sostiene que:

“...el barco se estaba haciendo agua por todos lados...todo lo que fue la posición con respecto al feminismo, las mujeres, durante mucho tiempo el partido no le dio importancia a eso...hubo algunas compañeras que intentaron hacer algún grupo feminista...pero eso fue burlado, rechazado... hubo mucha indiferencia...” (15,11)

La incomprensión política del trabajo con las mujeres podía llevar a esquematizarlo y sectarizarlo, como narra *Flor*, que combinaba su trabajo partidario en

el Partido Vanguardia Popular con su participación en el "*frente femenino*" de la Alianza de Mujeres Costarricenses:

"Estábamos en la Alianza de Mujeres, pero resulta que el Partido lo que quería era que nosotras trabajáramos como mujeres, verdad, y que a las mujeres las metiéramos de cabeza, esas son mis palabras, agachadas, dobladas de viaje, y no podíamos hacerlo por que nosotras trabajáramos con mujeres en las comunidades que eran de diferentes partidos y ellas tenían su criterio y nosotras no podíamos llegar a cambiarles la mentalidad así como de la noche a la mañana y eso era lo que el partido pretendía que cuando las mujeres conocían había que meterlas al partido, entonces muchas mujeres no les gustaba, salían sopladas de ahí, empezando por el comunismo que era en ese entonces antirreligioso y anti todo, y había que hacer con ellas un trabajo de otro tipo muy profundo, muy de tiempo para llevarlas al convencimiento, pero no era así de la noche a la mañana, y había mujeres que aún que estuvieran muy convencidas tampoco querían ser del Partido, entonces fue cuando el despelote ese que hubo en el partido, verdad, que se dividieron, querían tomar la Alianza de Mujeres, y fue cuando estuvimos las mujeres al frente de la Alianza de Mujeres..." (23,4)

Eventualmente, en el caso del Partido Vanguardia Popular se llega a una ruptura del partido con sus mujeres militantes que trabajaban en la Alianza de Mujeres Costarricenses, hecho que es recordado en al menos dos de las entrevistas. Trabajar la problemática de género podía chocar con la incomprensión de los dirigentes, como señala *María*:

"...Yo empiezo también a cuestionar cuestiones de mujeres en el PS, eh, eh ordenó que dejara de decir tonteras, no ja, ja, ja, porque, eso era, como se llamaba, eh, dividir las fuerzas y eso era un movimiento pequeño burgués, eh de EEUU y lo que era prioritario era el movimiento de los trabajadores y pero eso además de separar a hombres y mujeres era una cuestión que no iba por ningún lado, porque iba ser totalmente de la guerra, entonces todo tipo de lecturas asociadas a, por eso le digo que no había ningún movimiento feminista, pero el PC era muy parecido también, ninguno de los partidos hubiera permitido..." (3,12)

[O tenemos, también, la versión de Tere:] "...La visión de la situación de las mujeres en la sociedad, entonces había una gran carga de machismo y se juntaban todos los aspectos ideológicos que no nos permitían avanzar, yo decía bueno no es tan cierto que esta situación de las mujeres que nosotras la estamos llevando bien, que hay aspiraciones de las mujeres que nosotros no estamos entendiendo... Algunos, talvez el más honesto planteaba alguna tesis contraria, y los

supuestamente más inteligentes se hacían los locos, se iban y no te daban pelota...” (9,12)

Flor, a pesar de ser muy crítica con su partido por la situación de género, reconoce, a la vez, como éste propició el trabajo y contacto con las mujeres:

“...yo era una mujer de esas amas de casa metidas en la casa y sin saber lo que pasaba alrededor del mundo, era solo mi compañero mis hijos y yo, pero si hubo un momento en que sí me empecé a involucrar....tener una conciencia de género y clase, de género de mujer, eso no lo dio el partido pero de ahí fue que surgió por que al querer trabajar nosotras como mujeres fue lo que paso, de tener una conciencia de que las mujeres luchamos nos cuesta tanto y de clase por que de clase trabajadora....” (23,14)

[Sigue su relato:] “...Mi trabajo nació en la Alianza de Mujeres, ahí nacimos. Alianza de Mujeres ha hecho un trabajo muy bueno con las mujeres, capacitaciones y todo, la autoestima y todo eso. Y ahí me di cuenta de muchas cosas, cosas que no nos dieron en el partido. Por que en el partido a las mujeres no las tomaban en cuenta. Ahí nos empezamos a valorar como mujeres, trabajando con las mujeres y ahí estamos todavía...” (23,15)

También, *Flor* deja claro que el trabajo con las mujeres de las comunidades era bastante duro y diferente del trabajo que se hacía en las universidades:

“...Bueno, yo me inicié en el trabajo comunal en 1984, con la huelga de la luz y del agua, y del no pago del agua, que comenzó en Hatillos y terminó a nivel nacional, cuando llegó un momento en que la Fuerza y Luz traían los recibos nosotras empezamos, la Alianza de Mujeres en la comunidad de Hatillo nos formamos, la esposa de y después con el desarrollo comunal, ahí empezamos a organizarnos y nos organizábamos las mujeres, hacíamos que barríamos las aceras y cuando llegaban los hombres a cortarnos la luz y el agua los sacábamos a escobazos ...nos decían viejas vagas, nos garrotean y esto también era por respeto por que ellos por pegarnos nos podían pegar pero en ese momento no se llegaba a tal extremo, lo que hacían era que se iban y así fue como ganamos la lucha...” (23, 16)

4. ROLES DIFERENCIALES

La problemática de la socialización y puesta en práctica de los roles de género también surge en las entrevistas. Las mujeres han sido socializadas para llevar a cabo labores de cuidado de otros, al parecer en algunos casos al estar enfrentadas al quehacer

político se ven llamadas a seguir con este rol dentro de sus partidos, como señala

Beatriz:

"...Me imagino que las mujeres han tenido que desempeñar papeles un poco parecidos a eso cuidadoras del proceso, ...muchas veces nos tocó levantar el ánimo, nos tocó muchas veces...llamar la atención, nos tocó interpelar..." (18,18)

Concebir el ámbito de la militancia, entre otras cosas, como un lugar familiar y en el cual se establecen relaciones fraternales podía colocar a las mujeres en un rol maternal con sus compañeros. Con respecto a los hombres, llama la atención la experiencia de *Rodrigo*, quién reconoce que durante la militancia hizo un abandono importante de su rol paterno, pero también reconoce el papel de su compañera (que no era militante), quien atendió la problemática familiar:

"...ni cuenta me daba por que primero mi esposa atendía el problema, ...la familia con ella no tenía problema, yo trataba de ayudar a mi esposa y yo estaba metido en la cosa, entonces yo andaba feliz, yo llegaba a las 10 de la noche o 11 o un sábado a la 4 de la tarde y ahí estaban bien, mi esposa fue la que mantuvo la cosa, la que los hizo..." (17,14)

[Más adelante *Rodrigo* dice:] "...La familia le reclama pero como uno es tan irresponsable y el partido lo hizo irresponsable en eso, por que el partido era lo primero y segundo lo demás..." (17, 16)

Varios de los relatos (por ejemplo *Ramón*, *María*) ejemplifican claramente una división de roles por género en que, aún dentro de la experiencia militante, a las mujeres les tendía a tocar lo doméstico, mientras que los hombres eran los poseedores del ámbito público, de las tareas "*importantes*". El papel de las mujeres en la mayoría de las organizaciones era muy paradójico, porque si bien rompieron el espacio doméstico para entrar en el ámbito político, no pudieron sacudirse del todo los encargos inherentes al rol doméstico: terminaban haciéndose cargo de todos los roles a la vez, lo que resultaba

desgastante e injusto por que sus compañeros no asumieron la cuota que les correspondía con el cambio. *María* relata como:

“...nos tocaba cocinar nos tocaba cuidar a los chiquitos, nos tocaba, nos tocaban las labores normales del sexo, aparte de las labores de militante ó sea ahí no hay mucho que discutir...” (3,13)

[*Flor* cuenta que:] “...Para ir a una casa de eso primero se lavaba la ropa, se alistaba la comida y de todo” (23,15) y

[*Rebeca* expresa, en su relato:] “..Yo no dejé nunca de pintar por ejemplo, ni de exponer... y además en ese momento también estaba yo pariendo mis hijos, con lo que eso implica a nivel de género para la mujer, y trabaja, o sea yo daba clases en la Universidad, daba clases en el colegio, tenía mis hijos, hacía mi obra y veía la casa y además militaba...” (14,20)

El tipo de reto que enfrentaba la persona que militaba podía implicar riesgo y peligro y en estas circunstancias sería absurdo pensar que se podrían desarrollar los asuntos familiares de una manera "*normal*". Ayudaba, por supuesto, si la pareja estaba también involucrada, ya que no se trataba, en casos como el que sigue, correspondiente a *Mauricio*, de evadir las tareas difíciles, sino de apoyarse mutuamente:

"...mira yo no voy a ir porque mi mujer está embarazada y yo tengo el chiquito pequeño, bueno a mí personalmente me parecía guilada de uno... Yo tenía chiquitos, una nació, ese día tenía que pasarme de casa por que eran movimientos de por seguridad... yo me fui en un carro y con la mujer y la deje en la casa que yo no conocía, y ella quedó ahí sola con la chiquita ...ese mismo día yo me iba y vine al mes, ya a la chiquita la conocí prácticamente al mes, donde yo no podía llegar a la casa por un montón de cosas..." (38, 10)

Sin embargo, a pesar de lo anterior, es claro que la división de roles por género y el lastre cultural creaba dificultades adicionales en una práctica que pretendía ser "*liberadora*", y que la peor parte la solía llevar la mujer. Dice *Tere*:

“...Bueno, en general las mujeres era muy difícil ser militante y después ser madre y esposa, era muy difícil, porque realmente el Partido demandaba mucho y las

mujeres al tener todos los roles que tenían sobre sus espaldas, tener el Partido era realmente, eran pocas las mujeres que lograban sobrevivir y mantenerse ahí porque había que trabajar, había que mantener hijos, había que hacer trabajo de militancia, entonces el hombre mucho más tranquilo entonces se daban muchas separaciones por esa razón, la mujer no se involucraba en el Partido, lo veía siempre como el enemigo y el hombre metido aprovechando el partido con mucho espacio para andar en otras cosas, entonces la mujer qué veía, quién era el enemigo el Partido, que era el que le posibilitaba tener al hombre otros *affairs...*” (9, 15)

5. EQUIDAD PARTIDARIA

Ya hemos señalado que la práctica de los partidos de izquierda no se podía sustraer de un orden cultural y social patriarcal, de honda diferenciación entre hombres y mujeres. Sobre esto no hay consenso en los relatos, y ahora veremos varias versiones, en las entrevistas, donde se plantea que las relaciones eran básicamente igualitarias. Estas corresponden a quienes identifican más bien una “*carencia de discriminación*” en la *experiencia militante*, sobre todo en la línea de que había oportunidad paritaria de llevar a cabo el trabajo. Estas versiones son abundantes, las ejemplificamos a continuación:

[Liz:] “...Yo creo que no había diferencias, bueno tal vez si se puede hablar de diferencias en términos del trabajo que se les asignaba, trabajos así como de clandestinidad y cosas de esas, creo yo no me atrevo a asegurarlo me parece que se le atribuían más a los hombres que a las mujeres, aparentemente tenían más posibilidades de infiltrarse de desarrollar prácticas clandestinas más que las mujeres...” (22,12)

[Sonia:] “...No, no creo, pero además de verdad yo creo que el movimiento feminista en la OST era de verdad, de verdad, no era un truco para conseguir mujeres, eran muy claras que las demandas tenían que ser defendidas por a parte, en ese sentido no...” (30,23)

[Alexander:] “...Las mujeres tenían un campo abierto, y yo siento que en el Partido Vanguardia Popular no había restricciones que ya no eran impuestas directamente por la sociedad, pero si una mujer era capaz y mostraba esas capacidades de liderazgo tenía todas las posibilidades igual que cualquier otro varón...” (34, 12)

[Mara:] “...Yo creo que nosotros dentro del M teníamos todo lo de la revolución femenina como un principio dentro del M, entonces todo siempre estaba balanceado, o nuestras exigencias fueron de balance, siempre estábamos atendiendo al balance y éramos muy peleonas entonces cuando pasaban cositas así inmediatamente reaccionábamos...” (11, 13)

[Rodolfo:] “...Yo nunca sentí diferencia. Es más aquí muchas mujeres fueron cabeza de la organización sindical y del Partido, si yo nunca sentí eso. Yo creo que en eso el partido era muy abierto, no había esa diferenciación, ni mucho menos verdad...” (6,21)

[Oscar:] “...Ves pero siempre hubo un gran respeto por las compañeras, y siempre se consideraron, y creo que en el partido siempre...los partidos estos los burgueses se guindaron de esto de la participación de la mujer...la secretaria general del sindicato era una mujer, entonces no hubo digamos, así como una discriminación...” (8,11)

[Mauricio:] “...No yo pienso que fue una de las agrupaciones donde la militancia se ganaba mujer o hombre y era así verdad, tenían igual participación, tal vez en algunos momentos la condición física o alguna cosa o para hacer determinadas cosas, era difícil pero siempre las mujeres participan con igual responsabilidad, igual compromiso, igual todo, todo...la mujer que se metía tenía iguales derechos, iguales compromisos...” (38,10)

Sin embargo, es fácil apreciar como la mayoría de estos fragmentos de entrevistas vienen de relatos de hombres. Hay otras versiones, no obstante, en que se identifica muy claramente la impronta del orden social en la propia experiencia militante. La primera es de *Gabriel*, exmilitante de Vanguardia Popular, con gran participación en el movimiento sindical:

“...La identidad machista que en ese sentido cubre todos los ámbitos en nuestra sociedad y los partidos de izquierda no eran la excepción, tan solo decirte que dentro de los movimientos sindicales la representación femenil era bien reducida y no por que no hubiera capacidad...” (10,12)

Eugenio, exmilitante del Partido Socialista, que ya examinamos como fue influenciado por la militancia de una hermana, nos brinda esta versión:

“...Pero creo si no me equivoco, que en la dirección del partido no había mujeres, solo en el Comité Central no en la Comisión Política y diferencias me parece que

en el PS no, ya la decisión de una mujer de militar en un partido de izquierda es una decisión de romper esquemas y esa aventura ese viaje me parece hablaba de una persona no cualquiera, liberal, amplia, abierta de criterio, convencida de la lucha y por supuesto habían todos los matices machistas, porque es obvio hasta ahora estamos cambiando eso pero en ese tiempo sin mucha mala intención si había machismo que se reflejaba en la participación mayoritaria de los hombres y en la creencia de que las mujeres eran las más débiles...” (25,18)

Por último, *Jesús*, otra voz masculina, ex militante del Partido Socialista afirmó:

"Yo creo que a pesar de que estos partidos se luchaba mucho por la igualdad ... de género, este la lucha por el machismo y toda esa cuestión, todas esas son cosas que son impuestas por muchos años de... por una herencia de años de la sociedad y cuesta mucho sacárselas...si había conciencia de que había que luchar contra eso cada vez que se daba una situación se discutía y trataba de superar”(2,13)

6. EL CUERPO: “ERÓTICA DE IZQUIERDA”

Otro de los aspectos que emerge en los relatos, en lo relativo a la inequidad de género, tiene que ver con la posibilidad de control del cuerpo de las mujeres, esta expresión del patriarcado se puede visualizar mejor en el control de la sexualidad y la pretensión de ver a las mujeres como objetos de los cuáles se puede disponer. La "*erótica de la izquierda*" es un elemento en el que se juega esta posibilidad, al respecto *Esteban* comenta que:

“...Era un atractivo en la izquierda, ahí hay mujeres que no tienen tabúes y pueden hacer el amor conmigo, sin mucho mate, por que son gente de avanzada, en la izquierda hay un pensamiento más libre y entonces a eso se le denominó la izquierda erótica, por que se estaba privilegiando un asunto más sexual que ideológico...” (27,18)

En el caso de este hombre que habla de la "*erótica de la izquierda*", si bien es cierto que hace una crítica al uso de las mujeres como objetos sexuales, también en su discurso como un todo se puede visualizar una penalización al comportamiento de las

mujeres, en el sentido de que divide a la mujer "*promiscua*" y la mujer que "*sabe mantenerse en su lugar*", refiriéndose a su sexualidad.

Esteban establece la forma en que algunos dirigentes se relacionaban con compañeras y se sentían con el derecho a la sexualidad de las mujeres como un premio por sus esfuerzos y labor: "...Y ese pobre compañero trabaja con todos sus argumentos tiene derecho a su rato de diversión y eso lo cuenta mucho como en los romanos de las épocas antiguas donde el jefe del ejército tenía derecho sobre las mujeres..." (27,18)

Ante esta posición *Graciela* cuenta que en este sentido solo se juzgaba moralmente a las mujeres y no a los hombres: "...El Comité Central del Partido juzgaba a las mujeres, cuando tenían sus relaciones amorosas con los compañeros del Partido y resulta que a los hombres nadie los criticaba..." (20,20)

Hay así una clara transposición del estereotipo de mujer "*puta*", que se adueña y disfruta de su sexualidad a la que no tiene derecho, y por esta apropiación de su cuerpo es juzgada mientras que a los hombres no se les cuestiona.

Otra problemática que señala esta entrevistada, tiene que ver con la responsabilidad paterna, que en algunos casos pasó a ser un problema de las mujeres y los hombres no lo asumían: "...entonces esa parte del machismo tan tremendo verdad, de compañeras que salían embarazadas y tenían que ver como lo resolvían por que los chavalos no era con ellos el asunto verdad..." (23,21)

Aquí nuevamente podemos ver como la mujer es vista como objeto sexual del que se dispone pero no se comparte ninguna responsabilidad, por otra parte los embarazos históricamente han sido endosados solamente a las mujeres quiénes no tienen más opción que aceptar su maternidad mientras que los hombres tienen derecho de no aceptarla. Dice *María*:

"...Si había alguna reunión de dirigentes y yo tenía hijos eh, yo estaba casada con un dirigente obviamente era prioritario que fuera o sea alguien como yo, eh en las reuniones donde íbamos militantes y militantes, las mujeres preparábamos comida, era claro que se obviamente reclamaba y armaba que era radical, ah, que necia solo eso en fin tenía uno todo y muy claro y eh digamos en mi caso no lo hacía muy consciente y tenía muy claro lo que estaba haciendo y no era algo que no supiera que era lo que se estaba haciendo, eh, mi yo podía presentar una discusión obviamente, no tenía suficiente..." (3,13)

Para muchas mujeres esto se vuelve conflictivo, ya que ellas iniciaban un proceso de compromiso con una causa liberadora, con un alto costo personal y social, en la cual no sentían que eran valoradas como otros militantes a pesar de que asumían todas las tareas requeridas por la militancia con jornadas dobles; las mujeres iniciaban la militancia con fuerza y convicción por un cambio social pero muchas veces se topaban con una reproducción de los esquemas culturales y sociales patriarcales. Al encontrarse con esto las mujeres además de enfrentar esa realidad tenían que demostrar su capacidad y que no eran simples objetos.

Al respecto *Esteban* narra que: "... en la universidad y varios compañeros de esa época en realidad reclutaban compañeras con el ánimo de tener algo con ellas, más sexual que otra cosa..." (27,17)

Flor habla, por otro lado, del acoso sexual que vivían muchas compañeras cuando estaban realizando sus tareas: "...Generalmente las muchachas terminaban cediendo a lo que ellos querían, por que ellos nunca lograban entender que uno estaba ahí por convicciones, y no por que día al final de cuentas eras una mujer más..." (23,31)

En algunos relatos se contaba que algunas mujeres buscaban la figura de un hombre que las protegiera o les diera el valor que no les estaba siendo reconocido por sí mismas. Como lo señala una entrevistada se daba un "*romanticismo*" por parte de las mujeres, cuando se relacionaban con compañeros de rangos mayores: "*todas querían tener parejas de la dirección*"; de alguna forma se podría decir que las mujeres se

reafirmaban por medio de su compañero dirigente, y probablemente también estaban protegidas de situaciones de acoso por respeto a su compañero.

Por lo expuesto hasta aquí podemos apreciar como el género atraviesa la vivencia militante de diversas formas, y como hay un conjunto de hechos y de procesos sobre los cuales, además, no hay ni lejanamente unanimidad, por lo que sería aventurado y equivocado llegar a conclusiones categóricas generales. Consideremos el siguiente fragmento de un entrevistado que de alguna manera refleja lo complejo y a veces sutil de la desigualdad y la discriminación, y, sobre todo, su persistencia. Concluimos con la siguiente consideración, de la entrevista de *Mariano*:

“...El machismo es una ideología... pueden ser igualmente machista una mujer, entonces se ha dado una inversión de roles, toda la discusión aquella de la liberación femenina no sé cuantas corrientes de pensamiento... de todo se manifestaban en las organizaciones...de discriminación sigue siendo latente, presente, superable, la participación misma, sigue siendo minoritaria no solamente ya porque se le cierran oportunidades sino por que la mujer sigue estando más limitada para participar en política...uno ve las limitaciones que tienen la bronca que les hace el marido, es más terminan yéndose del partido...” (37,2)

De esta manera hemos expuesto y comentado diversas temáticas asociadas con la relación género/militancia, y, sobre todo, su vertiente de vivencia femenina. No viene al caso reiterar aquí las observaciones ya hechas, pero si manifestar lo que nos impacta el trabajar estos relatos y sus derivaciones, en tanto que aunque resulta bastante evidente que el tema de “*género*”, como tal no era en la mayoría de los casos una prioridad política, el manejo del tema por parte de las organizaciones y sus dirigentes denota una falta de sensibilidad a la “*identificación con los más débiles*” (en términos de poder social, se entiende) que era, después de todo, el *leitmotiv* de buena parte de la acción de los partidos y las organizaciones.

De alguna manera no estuvo a la orden del día (con las excepciones ya citadas) el registro de las necesidades y vulnerabilidades de las mujeres en la vida política, en la cotidianidad de la militancia. Los relatos nos demuestran que las mujeres militantes estaban profundamente identificadas con las articulaciones de la lucha de clases, de los objetivos políticos transformadores, sin embargo hay una especie de “*reclamo*” ante la invisibilización de un dolor anclado en la vivencia cotidiana. Más allá de la crítica a la composición genérica de las direcciones, creemos identificar un malestar y un reclamo por el no registro de la feminidad por parte de las dirigencias, y en algunas de estas mujeres la historia personal que se escribe después de la militancia política se escribe en clave de registrar y potenciar esa feminidad.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS:

En esta investigación se utilizaron extractos de las entrevistas realizadas en el proyecto: “Experiencia militante en Costa Rica”, del Instituto de Investigaciones Psicológicas y la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica, identificando el seudónimo de las persona entrevistada, el número de la entrevista, y el número de página de la transcripción.

BIBLIOGRAFÍA

- Botey, Ana Ma., Cisneros, Rogelio. 1984. *La Crisis de 1929 y la Fundación del Partido Comunista de Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Connell, R.W. 1994. “The State, Gender and Sexual Politics”. En: Lorraine, R., Henderikus, J. *Power/Gender. Social Relation in Theory and Practice*. Londres: Sage.
- Chacón, María C. 1984. “Las mujeres del 2 de agosto de 1947 en la vida política del país”. San José: Tesis. Escuela de Historia, Universidad de Costa Rica.
- Friedan, B. 1974. *La Mística de la feminidad*. Madrid.
- González, Mirta. 1996. “Jaque al rey: de la psicología patriarcal a la psicología feminista”. *Revista Costarricense de Psicología*, 24, pp. 11-29.
- Herrera, Rosalila. 2002. “Maestras y militancia comunista en la Costa Rica de los años treinta”. En: Rodríguez, E., *Un siglo de luchas femeninas en América Latina*. San José: Editorial UCR, 2002, pp. 131-146.

- Lagarde, Marcela. 1997. *Los cautiverios de la mujer: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM, 3ª ed.
- Molina, C. 1994. "El Feminismo socialista contemporáneo en el ámbito anglosajón". En: Amoros, C., ed., *Historia de la Teoría Feminista*. Madrid: Universidad Complutense.
- Mora, V. 1995. "Las luchas de las obreras urbanas en Costa Rica (1900-1930)". *Nueva Sociedad*, 135, 138-149.
- Moreno, E. 1995. *Mujeres y Política en Costa Rica*. San José: FLACSO-Costa Rica.
- Partido Vanguardia Popular. 1980. "Informe del Comité Central del PVP al XIII Congreso Adán Guevara". *Trabajo*, 2,4, 23.
- Puleo, A. 1994. "El feminismo radical de los setenta: Kate Millet". En: Amoros, C. *Historia de la Teoría Feminista*. Madrid :Universidad Complutense, pp. 139-150.
- Vásquez, N, Ibañez, C. y Murguialday, C. 1996. *Mujeres-montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*. Madrid: Editorial Horas y Horas.

NOTAS

¹ Este artículo es un resultado parcial del proyecto de investigación: "Experiencia militante en Costa Rica", del Instituto de Investigaciones Psicológicas y la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica.

² Connell señala que la misma Betty Friedan consideraba que el acceso de mujeres a puestos de liderazgo militar en West Point era algo positivo, pero sin cuestionarse siquiera el carácter patriarcal de la empresa guerrera (Véase Connell 1994: 136-173).

³ "No sólo repartir el pastel, sino cambiar la receta" en palabras de la feminista costarricense Alda Facio, citada en González (1996).

⁴ Tomemos en cuenta, por ejemplo, la distinción hecha por Marcela Lagarde (1997) entre explotación y opresión, en tanto la primera implica una subordinación económica.

⁵ La suspicacia clasista se manifiesta en afirmaciones como la siguiente: "...No vale la pena trabajar por conseguir el voto de la mujer ¿qué cambio hondo, trascendental habría en la vida de Costa Rica, si las mujeres pudiéramos votar por don Ricardo Jiménez, Manuel Castro Quesada, Max Koberg o Carlos María Jiménez? Las cosas seguirán como están porque ninguno de esos señores se atrevería a echar abajo las prerrogativas del capital, el cual tiene arregladas las cosas de tal manera, que mientras unas mujeres pueden estar arrancándose los pelos de las cejas o haciéndose masajes para no engordar, otras tengan que estar paradas en charcos, dobladas, lavando y cocinando..." (Proclama del Periódico *Trabajo*, 7 de febrero de 1932, citado en: Herrera 2002: 137).

⁶ Partido Vanguardia Popular. Informe del Comité Central del PVP al XIII Congreso Adán Guevara. *Trabajo*, 1980, 2, 4, 23.